

# **RESPIRAR ES UN PACTO**

Cuentos donde cada aliento tiene consecuencias

**Claudia Vaca**

loqueleg



*A los ríos que respiran apenas,  
al jaguar que se repliega en la sombra,  
a las piedras que guardan lo que fuimos.*

*A la vida que está muriendo —o que están matando—, porque  
imaginar y recordar es resistencia poética y política.*



## En el umbral del pacto

Los cuentos de Claudia Vaca no solo están hechos de la materia de la experiencia y de su hondo conocimiento del lenguaje e imaginario de las culturas y lenguas de Bolivia y Latinoamérica, sino que tienen el aliento vivo y el brillo de lo auténtico, respiran como un animal poético verdadero, de la misma manera que lo hacen el monte, los ríos, el volcán, el jaguar, la naturaleza toda. La articulación de su prosa, delicada, pausada, medida, reflexiva, tiene también el ritmo, la sensibilidad y la armonía de la respiración consciente, la cualidad del sueño y la imaginación volandera. Como quieren algunas críticas ecofeministas, por ejemplo, las lúcidas Vandana Shiva o Luce Irigaray, su pensamiento siempre es un pensamiento encarnado, acuerpado en la naturaleza que reina, sensible, y alerta sobre los peligros de la herida contemporánea, del ruido de nuestros tiempos.

Estas historias, pensadas como una suerte de rito de iniciación o pasaje para adolescentes que pasan a la edad adulta, son pequeñas alegorías sensoriales que pretenden hacer despertar del letargo, cuestionar prácticas culturales y sociales para abrir los sentidos al mundo, en el que es posible vivir de una manera simbiótica, más verdadera, a partir de la observación y la memoria consciente; es posible habitar sin hostilidad ni apatía, desde los afectos y las emociones, como propone Sara Ahmed. Madres, hijos, abuelas curanderas, campanas respiran hacia un bien-

estar emocional y una sintonía receptiva y comunitaria para fundirnos con la naturaleza como lo hace Claudia en su fina narrativa y poética, estableciendo diálogo con lo animal, con lo vegetal.

Rosalía de Castro nos lo advertía ya en su poema *En las orillas del Sar*: “Dicen que no hablan las plantas, ni las fuentes, ni los pájaros, / Ni la onda con sus rumores, ni con su brillo los astros, / Lo dicen, pero no es cierto”. Por su parte, más recientemente, la neurocientífica Nazareth Castellanos nos habla de siete y no de cinco sentidos. Los dos que todavía desconocemos nos hacen mirar bien adentro, observar también, con detenimiento, hacia afuera: nuestro cuerpo, nuestras emociones, nuestra relación con el entorno siempre en movimiento.

10

De la misma manera, Claudia invita a oler, sentir, tocar, a ser presencia, a encuerparse con el viento, con el agua, con el latido, a recordar la importancia de las emociones, los cuidados, los afectos, a combatir el dolor, la ausencia y la soledad creando vínculos con otros seres humanos y con la madre tierra. Sus imágenes, de extraordinaria delicadeza lírica, evocan la sabiduría y un tiempo antiguo que nos enseñan, solo si escuchamos, solo si observamos, solo si los humanos dejamos de considerarnos el centro. La narrativa y poética de Claudia Vaca comparten una misma consistencia profunda, había leído antes su poesía, y al acercarme ahora a su narrativa reconozco la misma columna —acuática, vegetal— que sostiene ambos registros. Hay en su escritura una continuidad orgánica, como si la lengua brotara del mismo manantial en cual-

quier género que toque. Ese don, tan poco frecuente en buena parte de la literatura que hoy se publica, se manifiesta en la delicadeza con que se adentra en la piel, en el agua, en las texturas íntimas de lo vivo. Su prosa, como sus poemas, respira: avanza con una belleza silenciosa que no se impone, sino que se infiltra y permanece.

Estos cuentos son oído, piel, ojos, manos despiertos para aprender a habitar el mundo de otra manera, con un asombro renovado, con una escucha renovada, con amor, con curiosidad, con inocencia, que no ingenuidad, para aprehender también, siempre de forma colectiva admirando la naturaleza.

11

Porque no se puede dar por hecho el milagro de estar vivos, porque como dice la narrativa de Claudia y el personaje de *Asuen Ralip* en estos cuentos: “respirar es un pacto”.

**María José Bruña Bragado**  
**Profesora titular en la Facultad de Filología**  
**Dpto. de Literatura española e hispanoamericana**  
**Universidad de Salamanca**



## Presentación

Este libro reúne cuentos que no están cerrados sobre sí mismos, sino que respiran entre sí, que comparten un mismo territorio simbólico y una misma pregunta de fondo. Cada texto puede leerse de manera independiente, pero todos están atravesados por un hilo común: la respiración como decisión y como vínculo.

Escribí estos cuentos caminando, cuando era niña y adolescente, los fui mirando de año en año. Volví a los lugares, caminando, memorizando imágenes, gestos, silencios, meditando en mi vida adulta, luego fui recreando cada uno con personajes que iba conociendo en mi mente y realidad, ¿qué es la realidad?

Me gusta guardar lo que experimento como quien recoge semillas: una sombra que se estira sobre la tierra roja, el olor áspero del paquió, el vapor que asciende de las aguas calientes cuando el día apenas empieza. Camino, observo, y luego regreso a esas escenas una y otra vez; las repaso, las pienso, las dejo decantar hasta encontrar la palabra o el personaje que pueda sostenerlas. Muchas veces anoto cada experiencia mientras camino; otras la escribo después, cuando ya ha echado raíz en mí y pide forma.

Nacieron en mis viajes y caminatas por la ecorregión chiquitana de Bolivia y se terminaron de escribir en mis distintos retiros de silencio y meditación que me gusta darme dos veces al año, donde sea que esté, siempre encuentro un bosque con un río cerca, y me adentro, me

quedo ahí, como un mecanismo de sobrevivencia para aguantar el mundo en el que todavía, me cuesta estar.

14 Muchos de estos cuentos se desarrollan en los senderos que conducen hacia Tucabaca, el río al frente de la casa de mi abuela que ahora es de mi tía Cuca y tío Tatay, el río de aguas calientes, los totaisales, los patios llenos de árboles de limón, guayaba, mango, palta, chirimoya, pitón, etc. En la humedad amplia del Pantanal. En la torre de piedra de Chochís que parece más vértebra que montaña. Nacieron también en mi infancia, en mi adolescencia y en mi juventud en estas tierras donde el monte no es fondo: es presencia clara en mi memoria.

Aprendí temprano que la naturaleza respira. Y cuando una crece entre árboles que almacenan agua en su vientre y ojos de agua que devuelven algo más que reflejo, la imaginación no es fuga: es continuidad. Es una manera de escuchar lo que no habla en voz alta.

Estos cuentos surgieron como preguntas que el territorio me hizo mientras yo lo conocía y me reconocía parte de él, y a veces intentaba entenderlo.

¿Qué ocurre cuando comprendemos que nuestra respiración no nos pertenece del todo?

¿Qué cambia cuando el monte responde?

¿Y si el tiempo no fuera una línea sino un pulso?

En algunos cuentos, la iniciación es el centro: adolescentes que descubren que crecer no es imponerse, sino aprender a contenerse; jóvenes que entienden que el equilibrio no se conquista, se cuida. En otros, la memoria ancestral irrumpe a través del urucú, del tren que vuelve, del viento que une torres distantes. También hay relatos

donde el dolor toma forma: la pérdida de una madre, el insomnio que ilumina, la tentación de olvidar para no sufrir, la carga de respirar por quienes ya no pueden hacerlo.

No escribí estas historias para explicar la naturaleza. La naturaleza no necesita explicación. Las escribí para explorar el pacto invisible que se renueva cada vez que elegimos cómo estar en el mundo.

Respirar sin pensar es instinto.

Respirar con conciencia es asumir que no estamos solos.

Si algo deseo al invitarte a leer este libro es que lo caminés como se caminan los senderos del monte: sin apuro, con el oído atento y los ojos despiertos a los cambios de luz entre los tajibos, el totaí, las hojas del mango y el polvo rojo.

Que no lo atravesés corriendo, sino que lo dejés atra-  
vesarte.

Que cada relato haga una pequeña grieta en la mane-  
ra acostumbrada de mirar. Que te mueva apenas el piso,  
como cuando el viento cambia de dirección sin aviso.

Y que al cerrar el libro sintás tu respiración distinta.

Más honda.

Más consciente.

Más tuya... y menos solo tuya.

Porque quizás el mundo no necesita que lo domine-  
mos ni que lo salvemos.

Necesita que aprendamos a habitarlo.

Y todo comienza —siempre— con un aliento.



## La respiración del monte

La primera vez que Elías escuchó al monte respirar pensó que era el viento.

17

Tenía catorce años y estaba acostado boca arriba sobre la tierra tibia, lejos del pueblo, donde la Chiquitania empieza a parecerse más a un recuerdo que a un mapa, estaba en las pampas rumbo a Tucabaca. El cielo estaba tan limpio que dolía mirarlo y pensar que los incendios se aproximan pronto sobre su limpidez. Inspiró hondo. El aire olía a polvo lloviznado, a hojas secas, a algo antiguo que no sabía nombrar.

Entonces lo oyó.

No era el canto de los grillos ni el crujido de los troncos. Era un ritmo. Un entrar y salir. Un pulso que no venía de su pecho.

Se incorporó.

El sonido se detuvo.

Volvió a acostarse, contuvo el aire, y el monte también se quedó quieto.

Respiró.

Y el monte respiró con él.

No fue miedo lo que sintió, sino vértigo. Como cuando uno se da cuenta de que ha crecido y la ropa de la infancia ya no le sirve. Algo estaba cambiando, pero no sabía si en el mundo o en él.

Al día siguiente buscó a su abuela, la curandera Asuen Ralip.

18 Ella vivía en el borde del monte, en una casa donde siempre había olor a madera y a hojas machacadas. Cuando Elías le contó lo ocurrido, la mujer no se sorprendió. Solo lo miró como si hubiera estado esperando esa frase desde hacía años.

—Ya te escuchó —dijo.

—¿Quién?

—El monte.

Elías quiso reír, pero no pudo. Algo en la voz de su abuela tenía el peso de las cosas que no admiten burla.

—¿Escuchar qué?

—Tu respiración.

El muchacho frunció el ceño.

—Todos respiramos.

—No —respondió ella con calma—. No todos respiramos de verdad.

La abuela tomó un cuenco de agua y lo puso frente a él.

—Mira.

Elías se inclinó. El agua estaba inmóvil.

—Respira sin pensar.

Lo hizo. El agua no cambió.

—Ahora respira como si eligieras hacerlo.

Elías dudó. Inspiró más lento. Sintió el aire entrar como si fuera la primera vez. Lo sostuvo. Lo dejó salir con cuidado.

El agua vibró.

Una onda mínima, casi invisible, recorrió la superficie.

Elías retrocedió.

—No puede ser.

La abuela sonrió apenas.

—Respirar es un pacto.

Elías no entendió.

Ella se sentó frente a él y habló despacio, como si tratara algo muy antiguo.

—Cuando eras niño, respirabas por instinto. El cuerpo sabía qué hacer. Pero llega un momento en que la respiración deja de ser automática. Se vuelve decisión. Ese es el umbral.

—¿Umbral de qué?

—De quién quieres ser.

Elías pensó en la escuela, en sus amigos, en las burlas, en la presión por parecer mayor, en el miedo de no encajar. Pensó en la sensación reciente de que todo era demasiado grande.

—¿Y qué tiene que ver eso con el monte?

—Todo.

La abuela señaló los árboles.

—El bosque también respira. Los ríos. Los animales. Cuando eliges respirar con conciencia, entras en acuerdo con lo que te rodea. Aceptas que no estás separado.

Elías tragó saliva.

—¿Y si no quiero ese pacto?

La abuela lo miró fijo.

—Entonces el monte dejará de escucharte.

Esa noche volvió a la pampa, respiró, flotó y cuando se dio cuenta estaba frente al ojo de agua en la piedra, esos que solo quien conoce Tucabaca podrá encontrar.

El cielo estaba cubierto. El aire más denso. Cerró los ojos y respiró como siempre, rápido, distraído. El ojo de agua se arremolinó, empezó a hervir, emanando vapor con aroma a mandarina recién pelada.

20

El silencio era absoluto.

Sintió una punzada en el pecho. Un vacío.

Entonces recordó las palabras de su abuela. Inspiró lento. Sintió el aire rozar su garganta. Se dio cuenta de que podía elegir apresurarlo o sostenerlo. Eligió sostenerlo.

Y el monte respondió.

Un murmullo profundo se expandió alrededor. Las hojas vibraron. A lo lejos, un jaguar lanzó un resoplido grave. No era amenaza. Era reconocimiento.

Elías comprendió algo que no podía explicar con palabras: el mundo no era un escenario. Era un organismo.

Y él formaba parte.

El suelo bajo su espalda parecía latir. Cada inhalación suya era respondida por miles de respiraciones invisibles. Por primera vez sintió que su cuerpo no terminaba en su piel.

Pero entonces ocurrió algo más.

En medio de ese pulso compartido, vio una imagen.